

Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 05.09.2011

Quisiera continuar profundizando con vosotros en el tema del silencio. Hemos visto que para san Benito el silencio es un silencio que escucha. Por lo tanto, un silencio activo, que trabaja. El silencio benedictino no es un apagar la radio; es, más bien, un encender el registrador, para dejarse “grabar” por la Palabra de Dios. San Benito habla de la “gravedad del silencio – *taciturnitatis gravitas*” (RB 6,3). Y en el capítulo 42 dice que si por extrema necesidad se debe hablar después de Completas, se haga “*cum summa gravitate et moderatione honestissima* – con la máxima gravedad y con la más digna moderación” (42,22). La “*gravitas*” es la importancia de una cosa que “pesa”, que toca y marca a quien la vive. La fuerza de la gravedad hace adherirse a la tierra, y es esta adhesión la que permite caminar.

Sin embargo, la “grabación” de la Palabra de Dios en quien hace silencio y escucha no es pasiva, como sobre una cinta magnética. Se requiere una disponibilidad, una atención: la de María en la Anunciación: “He aquí la esclava del Señor, ¡hágase en mí según tu palabra!” (Lc 1,38). María consiente así decididamente en la grabación de la Palabra en ella, que en ella se haga carne la Palabra. Su carne se convierte en carne del Verbo de Dios. Cuando la Palabra de Dios puede grabarse en nosotros, nuestra carne se convierte en Palabra de Dios encarnada, se convierte en carne de la Palabra, carne del Verbo, Cuerpo de Cristo.

Este trabajo interior del silencio, que se deja libre y activamente modelar por la Palabra, por el Verbo de Dios, san Benito lo llama “meditación”.

Los candidatos que entran en el monasterio son conducidos al noviciado, a la “*cella novitiorum*”, y allí hacen tres cosas: “meditan, comen y duermen” (58,5). Para bromear siempre digo que los novicios son ya capaces de comer y de dormir, es la meditación la que se debe aprender. Pero, en realidad, el hombre contemporáneo, el joven de hoy, debe aprender también a comer y a dormir, es decir, a tener una justa y equilibrada relación con el propio cuerpo y los propios apetitos, el propio cansancio, en resumen: con toda su humanidad. Y veremos que san Benito era consciente de esto; por lo tanto, el problema no es del hombre de hoy, sino del hombre como tal. Pero pienso que no es el caso que Benito ponga como deber el meditar antes de comer y dormir, como si una relación sana y equilibrada con el cuerpo y sus necesidades debiese surgir de la meditación de la Palabra de Dios. Toda nuestra humanidad está como evangelizada, debe recibir y acoger la Palabra que le anuncia y propone la Salvación en Cristo; debe asimilarla, hacerla propia, dar su consentimiento. Pero, precisamente por esto, el consentimiento debe tener su punto de partida en la libertad, la libertad del corazón. Solo así también las demás dimensiones y niveles de la persona pueden responder y llegar a ser encarnación de la Palabra, unificarse en el no anteponer nada al amor de Cristo.

Esta comunicación de la meditación con la carne de nuestra vida no es solamente una consecuencia de la escucha de la Palabra. Ni es bastante el cumplimiento. Que el Verbo de Dios actúe también en el comer y el dormir, en toda nuestra humanidad, como lo muestra la Regla, es precisamente el fin de la meditación cristiana a la que san Benito nos invita.

Si la meditación cambia solamente nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras reflexiones, nuestra espiritualidad, no es una meditación cristiana, porque no es una meditación encarnada; no es una meditación mariana que acogiendo la Palabra, el Verbo, Le permite hacerse carne, y se deja empujar por ella a ponerse en camino para servir a Isabel, o a preocuparse porque no hay más vino en las bodas de Caná.

San Benito no soporta la espiritualidad desencarnada, es decir, una relación con la Palabra de Dios que, en el fondo, no toca nuestra vida, que no transforma nuestra vida real, el comer y el dormir, el trabajo y las relaciones, y todos los trazados de la humana naturaleza. San Benito nos quiere monjes en espíritu, alma y cuerpo, como lo escribe san Pablo a los Tesalonicenses: “No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo género de mal. Que El Dios de la paz, os consagre totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado sin reproche hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. El que os llama es fiel y así lo hará.” (1 Tes 5,19-23).

También en esto María es nuestra Maestra, ella que “meditaba en su corazón” todos los acontecimientos de la vida de Jesús (cfr. Lc 2,19.51).

San Benito no habla nunca de la Señora, pero toda la parte ascética de la Regla es mariana; basta pensar en la insistencia sobre la humildad, la obediencia, el servicio, la escucha y la meditación de la palabra; basta pensar en la preferencia de Cristo a todo lo demás, o a la oración común del Oficio que reproduce la del Cenáculo... Pero diría que todas las virtudes marianas a las que nos invita y conduce la Regla tienen su fundamento y su fuente en la disponibilidad de María a dejarse habitar, modelar y transformar por el Verbo de Dios, por lo tanto, en la meditación de María que abre el corazón y la vida a la Palabra de Dios.

Esta escucha meditativa es la actitud que más corresponde a nuestra naturaleza, porque escuchar y meditar la Palabra de Dios quiere decir escuchar y meditar lo que somos, porque es la Palabra la que nos ha creado y nos crea, por lo tanto, el diseño que Dios ha pensado al crearnos. “Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios: todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,1-4). El verbo de Dios es la Palabra en la que el Padre nos crea para hacernos sus hijos: “A cuantos lo recibieron les dio el poder ser hijos de Dios” (Jn 1,12).

Por esto, la meditación de la Palabra, cuando se hace con esta apertura, con este deseo, nos dilata el corazón, nos llena de alegría, porque nos hace a nosotros mismos, más de lo que nosotros mismos somos. Y es porque es una disposición que nos realiza en lo que somos en lo más profundo y en aquello a lo que estamos llamados a ser, que la meditación para san Benito debe abarcar toda la vida, debe ocuparnos en toda la vida, en cada momento de la jornada, no solo en el momento de la *lectio* y en la liturgia. La liturgia y la *lectio*, o la enseñanza del abad, son puntos que brotan paradigmáticos, educativos, pero toda la vida está llamada a ser vivida así.

Pensemos, por ejemplo, en como san Benito cita la Sagrada Escritura para todo. Son raros los capítulos de la Regla que no contengan una o más citas o alusiones bíblicas. Porque toda la vida encuentra su verdad meditando la Palabra de Dios, el “Verbo de la

Vida" (1 Jn 1,1), de modo que toda la vida, todo lo que vivimos, se convierte a su vez en meditación, exégesis de la Palabra.

Pero este trabajo ocupa toda la vida, comenzado por nuestro corazón. Si el corazón, meditando, acoge la Palabra de Dios, toda la vida la acogerá. Por esto, san Benito nos pide rezar los Salmos de modo que la "*mens nostra concordet voci nostrae*" (19,7), que el espíritu, la mente, el corazón, concuerden con las palabras de Dios que pronunciamos en la oración, adhiriéndose a las palabras que oramos, consintiendo a su verdad, belleza, luz.

En primer lugar, no se trata de saber "observar" la Palabra, de conseguir ponerla en práctica, sino de dejarla actuar en nuestro corazón, en nuestra mente; permitirle tocar y grabarse en nuestro corazón, y fecundarlo como la semilla que cae en tierra buena. Cuando esto sucede, todo lo que Dios nos dice y nos pide, "se hace", "ocurre" en nosotros. "¡Hágase en mí, según tu palabra!", dice María al Ángel. No dice: "yo hago", sino "hágase".

La gracia nos cambia y transforma en la medida en que el corazón dice sí; en la medida en que el corazón escucha y se deja convencer, abriéndose así al don gratuito del Verbo de Dios que es capaz de renovar toda nuestra vida.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.